



María Brandán Aráoz

**Entierro
de carnaval**
(y otros cuentos de
terror fantásticos)



URANITO EDITORES

ARGENTINA - CHILE - COLOMBIA - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS - MÉXICO - PERÚ - URUGUAY - VENEZUELA

Índice

Brandán Aráoz, María
Entierro de carnaval y otros cuentos de terror fantásticos / María Brandán Aráoz;
ilustrado por Marcelo Morais. - 1ª ed. - Buenos Aires: Uranito Editores, 2013.
124 pp. : il. : 22 x 15 cm - (Los macabros)
ISBN 978-987-703-010-5
1. Narrativa Infantil Argentina. 2. Cuentos. I. Morais, Marcelo, illus. II. Título
CDD A863.928 2

Edición: Anabel Jurado
Diagramación: Fernanda Rodríguez
Ilustración: Marcelo Morais

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2013 by María Brandán Aráoz
© 2013 by EDICIONES URANO S. A. - Argentina
Paracas 59 - C1275AFA - Ciudad de Buenos Aires
info@uranitolibros.com.ar / www.uranitolibros.com.ar

1.ª edición

ISBN 978-987-703-010-5
Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Impreso en PRINTING BOOKS S.A.
Mario Bravo 835 - Avellaneda
Mayo 2013

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*

| | |
|----------------------------|----|
| Entierro de carnaval | 7 |
| La mala | 25 |
| Las cartas | 37 |
| Muñecas de cera..... | 59 |
| Destino trágico..... | 73 |
| Poseída | 95 |

*A Magui, mi lectora infatigable y crítica,
que me apoya siempre.
A Bárbara porque sin saberlo inspiró
mi mejor relato.*

Entierro de carnaval

El padre de Brenda partió la noche del entierro del carnaval. Era una noche estrellada, calurosa, con música de comparsas, estruendo de carruajes y *escolas de samba* que desfilaban sus lujos por el sambódromo de Río de Janeiro.

Él no se había despedido de la niña, creyéndola dormida o para no apenarla si acaso no lo estaba todavía. Antes de cerrar la puerta, el hombre joven y esbelto, vestido de negro y con antifaz, le había susurrado a doña María:

—Cuídemela mucho. Ella es lo único valioso de mi vida.

La mulata había asentido, pensando que eso era muy cierto porque todito él era un alma en pena desde la muerte de la señora, en una noche de carnaval igualita a esa. Pensando también que la Parca no respetaba alegrías ni bailes, en los que se aparecía y arrebatava a los seres queridos mutando la fiesta en tragedia. Y se había persignado dos veces para ahuyentarla.

El padre de Brenda partió esa noche y ya no volvieron a verlo. La niña quedó a cargo de doña María, la única pariente de sangre, la madre de crianza, como le decía ella para que se sintiera menos huérfana, más protegida.



Por aquel entonces Brenda tenía ocho años y, tanto como la ausencia del padre, le dolían las preguntas que no encontraban respuestas.

—¿Por qué se fue sin despedirse, ña María? ¿Dónde está, que ya no vuelve?

—Nadie lo sabe, mi niña. En el barrio algunos dicen que se fue para Bahía, otros que volvió a los Buenos Aires, y los menos aseguran que murió durante un viaje. No lo esperes, mi niña, que yo nunca te voy a abandonar; te cuidaré mientras viva.

Pasaron seis años. Brenda cumplió los quince y hacía tiempo que había dejado de esperar y de hacer preguntas. Doña María era la única madre que recordaba y, en la casa, ya no se hablaba del padre ausente.

Brenda amaba Río de Janeiro como cualquier carioca nativa. ¿Cómo no amar a una ciudad luminosa y exuberante —como ña María—, amparada por morros, generosa en playas de palmeras cimbreantes y con un mar brioso siempre al alcance? ¡Si bastaba con subir al *Pao de Açúcar*, en la *Bahía de Guanabara* y, desde la colina más alta, abarcar la ciudad entera, maravillosa, protegida por el Cristo!

Ellas no eran ricas ni pobres, vivían a pocas cuadras de la *Rua Dias Ferreira*, en el *Bajo Leblon*, un barrio de viviendas sencillas, algo revoltoso por las noches, vecino del *Alto Leblon* y sus edificios lujosos, pero también de favelas a las que no osaban acercarse.

A los quince años, Brenda hablaba un portugués perfecto con los amigos, los vecinos y la gente de Río, aunque en

el colegio tomaba clases de español y lo practicaba a diario con su madre de crianza para no perder el idioma del padre argentino.

Según doña María, Río era una bella ciudad sí, pero había que cuidarse de sus peligros.

—Una niña de quince años no puede andar sola por el centro. Tampoco ir por la orla desde Leblon a Ipanema y patinar allí hasta tarde —le advertía la mulata.

Brenda no siempre hacía caso a las recomendaciones. Mucho menos en verano, porque era un placer mudar de barrio, calzarse los patines y deslizarse por la ancha ciclovía de Ipanema, vecina a la costanera y a la playa, con el murmullo del mar a las espaldas. Más de una vez se le habían venido encima la noche, la lluvia y la soledad, porque los demás corredores, ciclistas y patinadores habían partido sin que lo advirtiera.

El año en que Brenda cumplió los quince, febrero llegó más pronto que otras veces, quizá porque ella estaba distraída pensando en Bruno y en Darío. ¿Bruno o Darío? Los dos esperaban una señal, un gesto, una palabra, para declararle su amor en los carnavales. Ellos estaban impacientes y ella indecisa.

“¿Los quiero a los dos, a uno o a ninguno?” Las mismas preguntas, los mismos nombres se le disputaban en la mente esa noche al ritmo veloz y acompasado de la carrera en patines. Hasta el cansancio. Por ese doble cansancio: mental y físico, Brenda tuvo que detenerse. Sentada en la vereda, tomó un trago de agua, se secó la frente transpirada



(siempre llevaba una botella llena y un pañuelo en la mochila), y se quedó viendo pasar los autos por la vía del tráfico para no pensar si Bruno o si Darío.

La camioneta negra de modelo antiguo apareció de repente; pasó tan despacio como una carroza fúnebre y se detuvo en el semáforo, muy cerca de ella. El hombre en el asiento del acompañante la miró con unos ojos verdes, profundos, esbozó una sonrisa y levantó la mano derecha, implorante. Brenda sintió un escalofrío de muerte, una opresión en el pecho... ¡Eran los ojos, la sonrisa, la mano de su padre!

El semáforo cambió y la camioneta arrancó. Brenda corrió atrás, llorando, gritando, implorando al conductor que se detuviera, que por favor se detuviera. Patinó a una velocidad imposible hasta que le faltó el aire, le dolieron los pulmones, las piernas, el costado... Hasta que la camioneta, con el padre en el asiento del acompañante, desapareció de la vista.

Brenda sintió que las fuerzas la abandonaban y se detuvo. Respiró el aire a bocanadas cortas hasta recuperar el aliento, entonces la escena se agigantó en su mente y volvió a ver lo que había visto: el miedo en los ojos, el dolor en la sonrisa, y la sangre en la mano, en el pecho del padre.

Entró a los tropezones en la casa sencilla del *Bajo Leblon* y se derrumbó en los brazos de doña María para contarle, entre llantos, que lo había visto.

—Ay, mi niña, ¿cómo va a ser él? Otro habrá sido para confundirla. ¡Si parece obra del Maligno! No se me sugestione, que en el carnaval los demonios traman estas cosas.





—¡Era él! ¡Estaba herido y asustado! Necesita ayuda *ña* María, tenemos que encontrarlo.

Esa noche, la mulata trató de consolarla como pudo. Terminó contándole cuentos de fantasmas y aparecidos, que se asemejan a los seres queridos que se les perdieron, pero son espectros malignos que deambulan por Río en los carnavales.

—No se deje engañar, mi niña, y mucho menos en estos días de locuras y borracheras. Olvídense de que vio lo que no vio y deje de obsesionarse.

Brenda le prometió que no pensaría más en lo sucedido, aunque esa noche cada vez que cerraba los ojos volvía a evocar la escena: el padre, vestido de negro y herido en el pecho, la miraba y la mano extendida cubierta de sangre como pidiéndole ayuda.

Sola en su habitación, y para distraerse, volvió a pensar con los ojos bien abiertos si el elegido sería Bruno o Darío. ¿Bruno, el deportista dotado, burlón a veces, que le ganaba las carreras en patines sin tenerle lástima? ¿Darío, el estudiante aventajado, soberbio a veces, que escuchaba sus opiniones y después la contradecía sin compadecerse? ¿Bruno, el rubio atlético o Darío, el morocho inteligente? Pensando si quería a uno, a los dos o a ninguno, Brenda se convenció de que no había visto al padre herido sino a algún diabólico bromista, vestido de negro y con pintura roja en la mano y en el pecho, que se le parecía. Aliviada con estos pensamientos, al fin pudo conciliar el sueño.



A la semana siguiente fue Darío quien la citó frente al hotel Sol de Ipanema, en un quiosco de la costanera con salida a la playa. Se encontraron a las siete en punto con tiempo suficiente para hablar de *cierto tema* —había dicho él— antes de que anocheciera.

Pidieron dos cocos y, mientras tomaban el agua a sorbitos, Darío se puso serio.

—Así no pueden seguir la cosas. Yo quiero ser algo más que... otro amigo, para vos —dijo con resentimiento, aunque sin nombrar a Bruno.

Brenda desvió la vista hacia la playa para no enfrentar los ojos inquisidores de Darío. ¿Cómo contestarle algo que ni ella misma sabía? Desvió la vista y, en la fragilidad de la penumbra, lo vio apoyado en una palmera con la vista fija en ella. El hombre, vestido de negro, tenía una mano sobre el pecho y los ojos verdes, suplicantes, atónitos, como si no comprendiera. Igual que la última vez, levantó la mano derecha y mostró la palma manchada de sangre.

